

“Pablito el pintor” un pequeño gigante castellano-leonés

Elena Martínez Grimal

I. A MODO DE PRESENTACIÓN

—¡Bájate de esa cumbrera!, que te vas a caer.

—¡Qué me voy a caer! Yo me siento desde aquí (estaba a 12 metros de altura) con muchos años menos de los que tengo. Tenía 81 años y seguía en plena actividad, tomando trabajos para pintar chalets y casas importantes. Así siguió hasta que su vista no se lo permitió, padecía glaucoma. Falleció a los 96 años.

Guardaba una libreta donde tenía registrada la gran lista de clientes que le esperaban pacientemente, porque era todo un verdadero profesional. Sus trabajos tan perfectos y prolijos hicieron que fuera muy reconocido. Eso sí, con gran desapego al dinero, a pesar de haber luchado tanto no llegó a valorizar lo que hacía. Siempre decía que el dinero no le importaba, sí los afectos.

Mi objetivo será contar la historia de mi padre, Pablo Martínez Castrillo, que llegó a la Argentina como integrante de una familia de inmigrantes, ejemplo de amor, laboriosidad y tesón. No me resultará fácil llegar a escribir la vida de este “grande”.

¿Cómo pudo hacer tanto? Creo que sus móviles fueron: la profunda fe cristiana, su sangre castellano-leonesa y el amor que sentía por nosotros.

Quisiera que esta historia sea lo suficientemente clara y coherente, dado que no me considero capacitada para expresar toda la admiración y reconocimiento que me produce el recordarlo. Abro el relato agradeciéndole todo lo que hizo por mí.

Valgan estas páginas para rendir un justo homenaje a quien con tan pocos recursos y tanto esfuerzo me diera tanto. Es, de alguna manera, la forma de expresar mi cariño y mi deuda porque quizá, cuando estábamos juntos, no lo hice en la forma que debía hacerlo.

II. EN ESPAÑA

Nació en la Villa de Quintanalaranco, partido de Belorado, provincia de Burgos, el 29 de octubre de 1905. Fue el hermano menor de Crisanta, nacida el 24 de octubre de 1897. Sus padres, labradores, fueron Eladio Martínez Sáez y Marina Castrillo García, casados el 16 de enero de 1892.

Se dedicaban al trabajo de la tierra, provenientes de una familia muy humilde. Trataron de hacer todo lo posible para lograr una mejor calidad de vida. Pensando en un progreso material, el abuelo Eladio tomó posesión de un trabajo dependiente de la

Dirección de Correos y Telégrafos en el año 1904, como peatón conductor de la correspondencia. Ignoro cuál fue el motivo por el cual no continuó con esto.

Dejo estos datos más cronológicos que sentidos, para pasar a algo que no he podido sacar de mis pensamientos. En los inviernos cuando levantaba y arropaba a mis hijos para iniciar el día, en una casa medianamente confortable y con un buen desayuno, recordaba lo que papá me contaba: siendo pequeño, más o menos entre 5 y 6 años, en pleno invierno y durante todos los días, partía hacia el campo muy tempranito con su tío Melquíades, caminando y resbalando por la nieve. Llevaban para alimentarse sólo unas nueces, unos trozos de hogaza y la “bota” con vino que ayudaba a enfrentar el clima inflexible de la estación invernal. Luego ¡a tirar del arado! y rodar muchas veces por el suelo. El regreso era a la tarde. Aún se me estruja el corazón por lo que debió sufrir aquel niño y me pregunto si esto habrá contribuido a que tuviera la fuerza y la salud de hierro para enfrentar la vida como lo hizo.



Papá con su familia al poco tiempo de estar todos en Argentina.



Buscando información en Guaminí.

Son tantas las veces que traigo a la memoria esas vivencias narradas a mis hijos, que sirvieron también para que ellos valoraran más a su abuelo y los ayudara a ser los hombres que son. Pero el abuelo feliz, como él decía, tenía tiempo para jugar y frecuentar la iglesia de Quintanalaranco, donde ayudaba como monaguillo. Concurrió a la escuela solo hasta 3^{er}. Grado, es que había que colaborar para vivir.

Pese a los intentos y esfuerzos de todos, con escasas posibilidades y muy poco progreso, fue cuando los abuelos decidieron intentar la aventura hacia Argentina. En el año 1914, plena Guerra Mundial, partió el abuelo, quien no logró juntar el dinero para mandar a buscar el resto de la familia. Fue así como la abuela vendió lo poco que poseían, pero suficiente para viajar con sus hijos y reencontrarse todos en este país.

III. EL ARRIBO A BUENOS AIRES

Llegó a los 11 años con su madre, mi abuela Marina, y su hermana, la tía Crisanta de 15 años, un 17 de noviembre de 1916. El Vapor se llamaba “Patricio Satustegui” y arribaron después de una penosa y larga travesía, en la última clase de la embarcación, entre vómitos, sustos y esperanzas.

Primero se dirigieron a una pequeña ciudad: Coronel Suárez. Contaba que él concurría desde la mañana a la iglesia bajo el cuidado de un párroco español nada simpático, a quien temía y respetaba, quien solía castigarlo pegándole muy fuertemente con los nudillos en la cabeza cuando al cebarle los mates no tenían espuma como él gustaba, entonces para salvarse del castigo mi padre los salivaba dejando muy satisfecho al sacerdote. Al tiempo, después de penurias e inseguridades, se establecieron en Guaminí, pueblo cercano a Coronel Suárez en la provincia de Buenos Aires.

IV. LA VIDA EN GUAMINÍ. LA ADOLESCENCIA DE PABLITO EL PINTOR

La familia se dedicó a trabajos de labranza. Alquilaron una parcela donde plantaron, cosecharon y vendieron verduras y todo tipo de hortalizas, luchando siempre por el peso que no alcanzaba para vivir decentemente. La abuela Marina hacía grandes esfuerzos, ya que el abuelo Eladio enfermó al poco tiempo de “empezar”.

Toda la existencia de mi padre se desarrolló en un profundo fervor cristiano y la valorización del espíritu. Llegó a asistir a misa religiosamente todos

los domingos de su vida y cuando ya no pudo hacerlo, la escuchaba por radio. No sé si este sentimiento lo acercó a un sacerdote, el párroco Andrés Toledo, que atendía la iglesia “Nuestra Señora de la Candelaria”, a quien dedico un recuerdo especial: arquetipo perfecto y acabado del Buen Pastor, llamado el Cura Gaucho. Se desempeñó en Guaminí desde el año 1917 hasta el año 1957 y fue para papá además de su sacerdote, maestro, orientador y por qué no decirlo su padre. Este sacerdote fue quien impuso en todo el pueblo el diminutivo de Pablito. Este Pablito sería al principio su alumno, más tarde su sacristán. Paralelamente comenzó su oficio de pintura y así lo llamarían Pablito “el pintor”.



Abuela Marina.



Papá en su 80 cumpleaños con sus nietos.

Con motivo del centenario de la Iglesia me enviaron una publicación en la que se recuerda el paso de papá por la parroquia.

Para escribir esta historia con mayor fidelidad volví a Guaminí, donde nació el 31 de marzo de 1939, donde me contacté con personas que fueron amigos de él, entre ellos el señor Hugo Navarré. Me contó, sumamente complacido y con la lucidez increíble de sus 94 años, anécdotas que vivieron y disfrutaron juntos en la escuela y, a la vez, Casa de la Iglesia que contaba con dos aulas, una atendida por el padre y otra por un maestro. Sentía placer pasar largas horas del día allí y un señor que frecuentaba la Iglesia, Pablo Castro, fue quien le enseñó el oficio que junto a su cultura del trabajo permitiría formar una verdadera familia con su esposa y sus cuatro hijos.

Algunos de los relatos que escuché del señor Navarré:

1.- Cierta día hicieron un barrilete¹ entre todos, pero era tan grande que desde el suelo no podían remontarlo. Cual no sería la alegría del grupo cuando, el padre Toledo, les prestó un banco de la Iglesia que llevaron al medio de

¹ Cometa (juguete) (N.E.).



Interior de la iglesia de Guaminí.

la plaza y desde arriba de éste pudieron cumplir su deseo, tanto que se les acabó el hilo y perdieron el barrilete.

2.– Año a año, en el mes de agosto, en el pueblo se celebra en el día 15 la Asunción de la Virgen. Ellos conscientemente trataban de comer menos, los días anteriores, para poder disfrutar y degustar los famosos bollos exquisitos de la panadería Pavón, obsequiados regularmente todos los años por la señora de Artagabeitía, propietaria de una gran estancia.

3.– A veces con el padre Toledo iban a pasar el día hasta una cascada y llevaban una gran olla muy pesada con un guiso muy gustoso ¡Y cómo se divertían! Los acompañaba el carpintero, colaborador de la Iglesia.

4.– Este carpintero tenía la costumbre de pedir siempre cigarrillos.

Cierto día con mi padre, que según su amigo era muy pícaro y ocurrente, le dieron un toscano al que previamente le colocaron un pequeño cohete y al encenderlo explotó ante el susto del fumador. Nunca hubo más pedidos.

5.– Un día “Pablito” le pidió al Padre que le cambiara un billete de un peso por monedas para comprar golosinas. Cumplido el deseo el sacerdote guardó el papel en el bolsillo de su sotana. A la mañana siguiente le dijo a su monaguillo sonriente “ya no te puedo pedir las monedas Pablito, porque es seguro que se han comido los caramelos”. Resultó que el billete había sido dibujado entre papá y sus compañeros.

6.– Muchas veces sin permiso le sacaban al Padre el auto usado, regalo de una familia adinerada del pueblo, la familia Irurson, para dar alguna vuelta. En una oportunidad se complicó la aventura porque el Ford T se rompió en el trayecto y debieron rendir cuentas.

Y así transcurrían los días y años para mi padre, entre risas y travesuras de jóvenes, compartidas con el “cura gaucho”. La relación entre papá y el Padre fue muy cálida siempre y recíproca. Con motivo de su casamiento recibió de él, como regalo, el antiguo reloj de pared que a su vez le habían obsequiado a él. Es el día de hoy que lo exhibimos muy orgullosos en el ambiente más frecuentado de la casa. Como se alimenta a cuerda para marcar las horas

y las campanadas, semana a semana todos los domingos papá lo hacía. Hoy a veces nos olvidamos y al pararse me digo: “no está él para hacerlo”.

El 6 de marzo de 1933 nació mi hermano Juan Carlos que fue privilegiado, porque tuvo de padrino de bautismo al padre Toledo. El 12 de enero de 1934 llegó el segundo de mis hermanos Pablo Alberto y el 2 de noviembre de 1942 el más chico Luis Jorge.

Yo nací el 31 de marzo de 1939. Me contó que en esa fecha trabajaba en la estancia de la familia vasca Artagabeitia. Al recibir la noticia tiró la pinceleta, dejando lo que estaba haciendo y salió en su Ford T a toda marcha para conocerme. Había llegado “la nena” que él quería después

de dos varones. Sé que nos amó intensamente a los cuatro, pero debo confesar que por mí hubo algo distinto, creo que yo era sus ojos. Deseaba llamarme Malena pero como en ese tiempo no se permitía (en la actualidad después de tantos años está lleno de Malenas) optó por el de María Elena. A pesar de esto el seudónimo prevaleció sobre el nombre.

En el período que pasó en la Iglesia recibió lecciones de violín del maestro y músico alemán Clemente Lucker, que tocaba el órgano. Además de recibir las lecciones él decía que recibía “fuertes sacudones” cuando quería salirse de la música clásica. De todas maneras, compró su violín. Tengo la imagen muy clara: siendo yo muy pequeña, llegaba de su trabajo, se higienizaba y luego de los consabidos mates ofrecidos por mamá, tocaba su violín, y entre sus partituras figuraba el tango Malena que me lo dedicaba con mucho entusiasmo.



Entrando en la Iglesia con mi padre.



Mi padre cumplió 85 años.

No puedo pasar por alto su obra material maestra: construyó solo su casa que habitaríamos toda la familia, hasta el momento de dejar el pueblo y marchar a Punta Alta. Así lo hizo ladrillo por ladrillo, con una gran galería que tenía una bomba de elevación y él organizaba a los hermanos para que nunca faltara el agua al tanque. Contaba la casa con cocina, baño con bañera, sí baño, no letrina

como era común en esa época en gente de nuestra condición económico-social, dos dormitorios, un comedor, un galpón,² una huerta en el fondo del terreno que él se encargaba de atender y un jardín al frente, cuidado por mi madre. Era esta casa muy clara y alegre, por eso cuando hace poco viajé y fui a verla, sufrí una gran desilusión. Totalmente refaccionada,³ triste y muy oscura, sin vida a pesar de estar habitada, se había destruido el refinado y coherente proyecto de mi padre. Tampoco existía la alegría de aquella época cuando llegaba la tarde y nos reuníamos todos, compartiendo los buñuelitos de mamá que tanto le gustaban y nos gustaban. Además eran los momentos que debíamos hacer cargo frente a él, a veces, de lo mal que nos habíamos portado, según mamá. Nos salvaba siempre el hecho, importantísimo para él, que en la escuela todos íbamos muy bien.

De aquella casita, mansión para la familia, quedó solo la impronta de papá: la glicina,⁴ en la actualidad muy vieja y frondosa, que todas las primaveras azulaba al florecer, nuestro hogar donde viví parte de una infancia muy feliz.

En su afán de progresar para cumplir sus proyectos, de ofrecernos posibilidades de estudio, hasta compró en sociedad un hotel: "La Armonía", mientras se dedicaba paralelamente a la pintura. Pero fue por poco tiempo, ya que no resultó el negocio esperado y muy pronto se deshizo de él.

² Cobertizo. (N.E.).

³ Restaurada, reparada (N.E.).

⁴ Glicinia: planta trepadora (*Wisteria sinensis*) procedente de Japón y China. Proporciona racimos de flores blancas o violetas (N.E.).

En Guaminí no había establecimientos escolares para prepararse, solo escuelas primarias, y él quería que sus hijos estudiaran. Imposible mandarlos a una ciudad, el costo era muy grande. Fue por eso que, como lo habían hecho los abuelos, buscó nuevas posibilidades y en esto dejó grandes afectos: madre, hermana, amigos y nos fuimos a una ciudad, donde había otros familiares, quizá con más trabajos y facilidades de superación.

Estoy segura que no le resultó fácil esta aventura. En Guaminí quedaba la abuela a quien todos los días pasaba a ver. Se fue, pero con gran esfuerzo siempre estuvo para los cumpleaños de ella, que no dejó pasar uno. Viajaba en tren, incómodo y económico todos los años lle-

vándole la torta de cumpleaños que cocinaba mamá y la pañoleta, el chaleco o las zapatillas de paño todo muy abrigadito para la estación invernal.

También Pablito dejó sus grandes amigos, muy querido por todos con quienes compartía un rato en el bar, en ciertas noches con partido de mus. A veces volvía después de medianoche, lo que no impedía que a la mañana siguiente estuviese muy temprano listo para su trabajo. Recuerdo que mis hermanos y yo esperábamos esas salidas, porque al día siguiente saboreábamos los caramelos de leche y otros muy grandes de fruti que nos traía ¡qué fiesta!

También con sus amigos compartió el 1º de Mayo cuando se inauguraba la caza de perdices. Llegaba siempre con una bolsa llena de la que pelábamos las presas y mamá hacía el riquísimo escabeche. ¡Papá, cuántas que cazaste! le decíamos y él se sentía satisfecho.

Cuando hace poco volví al pueblo me sorprendió que lo recordaran tanto. También allá dejó su sello. Al presentarme me decían: “sí, la hija de Pablito, el pintor”. Él pintó la Municipalidad, fue famosa una guarda ⁵que se conserva en el Teatro del Pueblo (al cual no pude acceder porque está en plena refacción). Conclusión que saqué, cómo trascendió la presencia de mi padre en



Mi padres de novios.

⁵ Especie de friso, banda o greca (N.E.).

ese pueblo. No es fácil partir de un lugar hace más de 50 años y que aún lo mencionen. Así, luego de vivir 30 años partimos todos a la ciudad de Punta Alta, cercana a Bahía Blanca.

V. DE GUAMINÍ A PUNTA ALTA

Llegamos a Punta Alta en el año 1945. La casa de la glicina había sido vendida y así se adquirió un pequeño almacén de barrio, que atendía mi madre con los hermanos mayores y él los fines de semana. No lo conocían como pintor, pero... ya se impondría. Comenzó a trabajar en la Base Naval de Puerto Belgrano, lindera a la ciudad donde estábamos, en una empresa alemana de construcción. Me acuerdo que se llamaba Grüen y Bilfinger, a donde iba diariamente en bicicleta. Respecto a esa bicicleta, llegó un día a casa caminando porque se la habían robado. Entonces mamá dijo: “¿hiciste la denuncia policial?”. A lo que él respondió sonriente: “cómo voy a hacer la denuncia, me da vergüenza, si tenía sólo dos ruedas y un manubrio”. Era cierto, aquel objeto sin frenos, ni guardabarros, ni luces, etc., pretendía ser una bicicleta. Y con él iba a todas partes.

En la compañía donde trabajaba a medida que construían colocaban un encofrado de madera, que luego desarmaban y desechaban. Un día se decidió y lo pidió para su familia. Se lo obsequiaron y así fue como durante tiempo lo transportaron en un camión de la empresa hasta mi casa. Entre todos lo entrábamos y él los domingos cortaba los tirantes y madera apilándolos. Así fue que, mientras trabajó en la base naval, tuvimos leña sin costo, para alimentar la cocina económica, único recurso para calefaccionar, cocinar, calentar agua, etc. Tenía gran sentido del ahorro, que complementaba con su trabajo y esfuerzo.

No transcurrió mucho tiempo para que sus patrones lo conocieran. Fue tan apreciado que a través de ellos y su círculo de amistades comenzaron los pedidos de pintura. Dejó así la Base Naval para retornar nuevamente a su oficio. Recuerdo que cuando Grüen y Bilfinger se fueron al sur, a la desolada Patagonia, lo quisieron llevar. Si bien el ofrecimiento era tentador económicamente, desistió porque vio que el lugar donde estaba ofrecía un mejor y más seguro futuro para nosotros.

Concurríamos primero a la escuela primaria, muy cercana y años más tarde los dos hermanos mayores se orientaron hacia la escuela de aprendices de Puerto Belgrano. Luego a la salida concurrían al Colegio Industrial donde se graduaron de Técnicos en Industria uno y en Aviación el otro. Ellos para el 25 de Mayo tenían que desfilar y entonces papá, muy gustoso, les prestaba sus únicos pantalones “de vestir”. A Jorge, el hermano menor, lo llevaba a la fuer-

za hasta la escuela, porque no quería ir, no le gustaba, ¿sería porque era el más chiquito? No sé. Si sé que ya terminada la escuela primaria hizo la secundaria muy bien y después de trabajar corto tiempo en una fábrica de armas, ingresó a la Escuela de Cadetes de la Prefectura Naval Argentina en Buenos Aires. De allí egresó como Oficial, llegando al grado de Prefecto cuando falleció. Estudio éste, costeadó también por nuestro padre.

Muy apoyada me sentí por papá para hacer la escuela secundaria, donde me recibí de maestra. Eran tiempos difíciles y a veces el dinero no alcanzaba. Las prácticas que debía realizar frente a los niños originaban mucho costo. Me ayudaba con su gran ingenio y habilidad. Ya faltando poco tiempo para recibirme tenía que desarrollar el tema: llanura, meseta y montaña; con escaso gasto comenzamos a preparar una maqueta, nos quedamos hasta muy tarde esa noche, quedó espectacular. Sobre una base de madera con yeso y pintura, resultó una obra de arte, fue ese día la atracción del grado y de la escuela, que pasó a formar parte de los recursos didácticos del centro educativo. De más está decir que la calificación para mí fue: 10. Es que mi padre para todo tenía solución fácil. Pasaron muchos años y siempre inventaba pequeñas cosas para los arreglos de la casa. Yo lo llamaba: “giro sin tornillo”, como el personaje de Walt Disney y todos nos reíamos mucho.

Ahora haré referencia a su segunda obra maestra: habrían pasado aproximadamente unos tres años desde el arribo a Punta Alta cuando compró a mensualidades y en pago a su trabajo en el barrio “La Loma”, un terreno donde comenzó a construir para nosotros una nueva casa. Y otra vez, también ladrillo por ladrillo con la colaboración escasa de mis dos hermanos mayores porque estudiaban.

Ésta fue mucho más hermosa que la de Guaminí, para nosotros lujosa. La habitamos cuando faltaba mucho para su terminación. Pero, poco a poco, primero el revoque fino, luego los pisos de parquet y mosaico, después los azulejos de la cocina y el baño, más tarde se agregó una habitación con un salón comedor, el lavadero, el patio embaldosado, las tejas del frente y así llegó a su fin. Para mí el chalecito más hermoso de la calle 9 de Julio N° 646, orgullo de la familia.

Acá en Punta Alta ya no lo llamaban Pablito el pintor, era para sus clientes “don Martínez,” reconocido por su trabajo y mucho por las señoras, que decían que era el único que pintaba sin ensuciar los pisos. Es que los cubría completamente con telas especiales y más tarde con plástico. En el último tiempo de residencia, en Punta Alta, tuvo a su cargo el trabajo de pintura de la primera galería importante de Bahía Blanca, la Galería Plaza, con todos los departamentos de ese edificio.

En esta segunda etapa de su vida en Argentina ya no tuvo tantos amigos como en la primera. Sí frecuentábamos un círculo familiar al que pertenecía

mi madre y también se sabía recibir en casa a los padres de nuestros amigos y compañeros, algunos clientes y, eso sí, a los vecinos queridos del barrio donde vivíamos.

Pasó el tiempo, sus dos hijos mayores se casaron. El mismo año, en 1964 en que me casé y dejé Punta Alta para radicarme en La Plata, Jorge, mi hermano menor, partió a la Escuela de Prefectura y el nido quedó vacío. A La Plata llegaban las cartas donde notábamos con mi marido que él y mi madre se sentían bastante solos. Entonces surgió la gran decisión de ellos y de nosotros dos, vendrían a La Plata para estar más cerca y más acompañados.

VI. EN LA PLATA

Antes de continuar con la historia, no puedo pasar por alto y agradecer a mi mamá lo mucho que hizo, en esta ciudad de La Plata, para que yo pudiera terminar mi Profesorado de Historia en la Universidad.

Una vez aquí, otra vez a hacerse conocer como pintor, lo que sucedió de entrada y más rápidamente. Comenzó a trabajar en una empresa de pintura del señor Morellatto. Al poco tiempo, al verlo tan laborioso lo asoció en su negocio. Es que mi padre era incansable y trabajando dejaba cansados a muchos jóvenes. Volvía a casa después de doce horas de trabajo como si hubiese ido a pasear.

Muy rápido se hizo amigo de algunos vecinos de su edad y antes de cenar jugaban a las cartas; entre ellos y, como preferido, figuraba un italiano bonachón: don Ángel, dueño de una verdulería.

En corto tiempo y sintiéndose ya seguro decidió trabajar por su cuenta. No hay duda que tenía un espíritu independiente. Su formidable salud lo llevaba a encarar empresas individuales, a pesar que su objetivo no era crecer, sino trabajar a lo sumo con uno o dos peones.

Fue sumamente austero en su alimentación, quizá una enseñanza de lo poco que necesitó en su niñez para estar sano y fuerte. Contaré la siguiente anécdota que hace a la frugalidad en su alimentación: mamá le preparaba a la noche una vianda para el día siguiente como tortilla, milanesas, un termo con sopa, etc. Estos alimentos se los obsequiaba a los peones y él se arreglaba con un salami o longaniza y un pan, lo que le resultaba un verdadero manjar, afición que conservó hasta los últimos días de su vida. Llegaba a tanto esta afición que los compraba a escondidas porque nosotros le decíamos que le hacían mal y los guardaba en lugares insospechados. En una ocasión el querido perro de la casa le encontró en un ropero los susodichos salamines y se los comió debajo de la cama, cosa que regocijó mucho a los nietos porque decía que no sólo el perro se los comió, sino que lo delató y agregaba que sumando los embutidos comidos a lo largo de su vida llegarían a kilómetros.



Papá pintando las Galerías Plaza de Bahía Blanca.

Haré una pequeña pausa en el relato para referirme a mi familia directa y la relación entre el abuelo y los nietos. No es posible, pero qué bueno sería que se pudiera escuchar a mis hijos cómo lo recuerdan y cómo quisieron a su abuelo. Él, siempre orgulloso de ellos, decía a todos: “de mis nietos no puedo quejarme, cómo me quieren, cómo me atienden y cómo me respetan”.

Era la alegría de los chicos cuando el abuelo llegaba del trabajo y traía los consabidos salamíes que adquiría al regresar de la jornada. Tenía una manera muy particular de cortarlos, al sesgo, muy finitos y a ellos les encantaba. Después un partidito de football o de goles. Los domingos con ellos a misa y allí iban los cuatro: él, Sebastián, Pablo y Carlos Esteban. Frente a la Catedral, en Plaza Moreno, compartían los maníes, las fotos y los recuerdos del abuelo. Y a la tarde, en algunas ocasiones, iban a la cancha del club Estudiantes de La Plata. Cuántas tardes pasó enseñándoles a jugar a las cartas y a algo que a él le gustaba mucho, el ajedrez. Sí, los tres hermanos saben jugar a lo que para mí fue siempre difícil e incomprensible.

Ya más grande al regreso de la universidad, si necesitaban información sobre todo deportiva, iban al abuelo: *¿abuelo cómo fueron los resultados del partido?*, *abuelo ¿cómo va a estar el tiempo hoy?*; *abuelo ¿qué pasó...?* No le gustaba la televisión, sí la radio y se leía todo el diario que día a día traía a casa mi esposo. Además, en muchas ocasiones, que los chicos tenían que madrugar para estudiar, él preparaba gustoso y alegremente las tostaditas con el desayuno.

Con grandes ganas, capacidad de trabajo y honestidad fue logrando en La Plata, a los casi 60 años, un nombre reconocido por una clientela numerosa que le dio seguridad.

Una de sus grandes preocupaciones fue su hermana Crisanta que había dejado en Guaminí con mi abuela, se casó ya muy grande y estuvo siempre atendiendo a su madre que falleció casi a los 90 años. Papá, con la idea de traer a su hermana, compró una pequeña casa y quiso repararla. En una oportunidad, estando subido al techo, éste se rompió y cayó con tanta suerte debido a su gran agilidad, sentado. Consecuencia: fractura de cadera. Por esto debió estar inmovilizado durante dos meses, pero no obstante volvió a trabajar. Esa casa nunca se llegó a habitar porque el marido de la tía falleció antes de lo previsto. Y desde ese momento Crisanta pasó a depender directamente de papá durante muchos años, porque murió faltándole días para cumplir 100 años.

Debió papá soportar primero la trágica muerte de mi madre y no mucho tiempo después el fallecimiento de su hijo menor, a los escasos 40 años de un infarto masivo, en el año 1983. Dos días después estaba trabajando en la casa de uno de sus clientes más queridos, el doctor Castro, y yo me comunicaba por teléfono para ver como se encontraba. Este duro trance fue soportado con gran entereza refugiándose especialmente en su fe cristiana y con sus nietos a quienes adoraba.

El haberme hecho ciudadana española resultó un alegrón para él. En repetidas ocasiones planeábamos con gran entusiasmo ir a España, a su villa de Quintanatoro y rastrear sus raíces, que con el paso del tiempo había perdido todo contacto con los tíos y primos dejados. Pero como contaba con una jubilación mínima, yo docente y ayudando a la tía sola y sin hijos, también con una pensión mínima, el viaje era una quimera.

El sueño de viajar juntos no pudo realizarse, pero el año pasado en vísperas de la “Operación Añoranza” recibí la invitación del ayuntamiento de Burgos, previa presentación de solicitud para pasar cinco días con estadía y pasaje libres de gastos. Sigo agradeciendo al honorable Alcalde de Burgos que me permitió haber podido ir a Europa y conocer la villa de mi padre. Cuánto lloré cuando pisé ese suelo, todo me parecía un sueño y cuánto me emocioné cuando entré a la pequeña iglesia, allí donde papá había sido monaguillo y donde pude observar la pila bautismal donde había recibido su bautismo. Rastreé y, a través de una señora llamada Concepción Sáez López, conseguí la dirección de una prima carnal de papá. Lamentablemente no pude conocer el lugar preciso de nacimiento porque durante mi visita nadie lo sabía. A la noche, justo antes de volver a Madrid para regresar a Argentina, ya con los pasajes en mano, me abracé con Eduarda y Leoncia Castrillo de 93 y 95 “añitos”, de quienes tanto él y su hermana Crisanta habían hablado. Ellas me dijeron que era una lástima que no me pudieran mostrar la casa de papá.

Pero sí me queda la alegría y satisfacción de haber estado en la Villa. Fue algo inolvidable e irreplicable aunque no pierdo la esperanza de volver a ir y conocerla.

Quiero expresar cómo llegaron a estimar a papá en el barrio: gran parte de los vecinos solicitaban su oficio para realizar trabajos en sus casas. En sus últimos años salía “para matar el tiempo” a la vereda y rara era la persona que pasara y no entablara un diálogo con “don Pablo”. Para las fiestas de fin de año muchos de ellos y unos cuantos niños le acercaban un presente de Navidad. Por esta razón cuando nosotros terminamos una vivienda para habitarla, ya que la casa estaba en condominio⁶ y tarde o temprano había que arreglar la situación legal, no nos atrevimos a mudarnos porque hubiese sido en cierta forma acortarle su vida donde él era muy feliz (*sic*).

Fallecido el 2 de octubre de 2001 decidimos vender aquella propiedad y comprarle la parte que les corresponde a mis hermanos, porque esta casa, propiedad de mis padres y nuestra encierra muchos recuerdos entrañables.

Permítanme decirles que soy consciente que esta historia de mi padre no es la vida del Cid Campeador, el gran castellano de Burgos, como tampoco la de un gran empresario muy de moda en este siglo XXI, sino la de un hombre simple que con escasos recursos y gran voluntad dedicó la vida a sus hijos para que tuviesen un futuro mucho mejor de lo que a él le había tocado.

⁶ Propiedad que pertenece de manera colectiva e indivisible a un conjunto de personas sin asignación de cuotas entre ellas (N.E.).